



SUMARIO

PORTADA	por <i>A. Mas y Fondevila.</i>
BOCETO	por <i>Serafina Ferré.</i>
MAGIA CELESTIAL	por <i>Juan Buscón</i> ; ilustración de <i>Mas y Fondevila.</i>
NOCHE BUENA EN SALAMANCA	por <i>D. U. Vierge.</i>
LAS NODRIZAS	por <i>Etcheverry.</i>
LA SERPIENTE DE OCHO CABEZAS	Cuento japonés.
SERENIDAD	por <i>Henri Martin.</i>
LA PRIMERA CONDECORACIÓN QUE HUBO EN ESPAÑA.	

Este número extraordinario se vende á **4 REALES** en toda España



SERAFINA FERRÉ.—BOCETO



MAGIA CELESTIAL

(CUENTO DE NOCHE BUENA)



A noche, con todo y ser Noche Buena, era verdaderamente infernal: el frío no podía ser más intenso; una espesa capa de nieve congelada cubría los techos, las calles de la ciudad, y un viento huracanado soplabá con feroces aullidos, haciendo saltar tejas, pedazos de cornisas, trozos de chimeneas y postigos, que se estrellaban con terrible estrépito sobre el endurecido suelo.

Á pesar de todo, siguiendo el buen Jesús la costumbre que se ha impuesto desde tiempo inmemorial, quiso descender del Paraíso, para echar una ojeada sobre la tierra y contemplar de cerca la celebración de la Noche Buena. Sabido es, en efecto, que cada año, en tal fecha, se para en una comarca diferente y recorre con sobrenatural velocidad las distintas ciudades y aldeas, que honra con su presencia, aunque de riguroso incógnito.

En ese año pues, que no recuerdo bien cual era, llegó á la ciudad á que me refiero y cuyo nombre tengo ya olvidado, en compañía de sus dos discípulos y apóstoles predilectos, San Pedro y San Juan. El primero iba de mal talante, como santo habituado ya á todas las comodidades y á quien imponen una obligación desagradable; apenas envuelto en la atmósfera terrestre, sentía ya la añoranza

del cielo y, sobre todo, la de su portería, en donde se estaba tan ricamente. San Juan, que siempre acogía con entusiasmo todos los deseos de su divino Maestro, iba tan contento y tan alegre, como si efectuase una de aquellas deliciosas giras que los bienaventurados hacen frecuentemente por las regiones siderales, llenas de soles resplandecientes y de mundos maravillosos.

— ¡Ave María!... ¡y que desierto está eso!... ¡pues si no se ve un alma! — exclamó Jesús, á poco de haber penetrado en la ciudad.

— ¡Claro!... — gruñó San Pedro — ¿Cómo quiere su merced que nadie se divierta en pasear por las calles con este tiempo de los demonios?

— ¡Bah!... peor podría ser... — observó el optimista Juan.

Siguieron los tres viajeros su camino y no tardaron en llegar delante de un gran caserón con trazas de palacio, cuyos anchos ventanales resplandecían, proyectando en la negrura de la calle el reflejo de la espléndida iluminación del interior. Y con la luz llegaba afuera ensordecido rumor de música, cantos y risas, en tanto que un apetitoso aroma de cena rica filtraba en olorosas ráfagas.

— ¡Á fe mía! — exclamó el Salvador — que con el ejercicio y este aire tan fresquito, se me ha despertado un hambre más que regular. Y puesto que aquí se celebra la Noche Buena, paréceme que podríamos llamar y pedir sitio en la mesa, para tres caminantes cansados y hambrientos.

— ¡Gran idea! — opinó San Juan. — También á mí me entró apetito y creo que me sabrá á gloria un alón de pavo y un traguito de tinto superior.

— Pues yo entiendo — opinó San Pedro displicente — que mejor haríamos en abstenernos. ¿Qué gusto le vamos á encontrar nosotros, habituados á los manjares celestiales, á esas gazofias de los hombres?

— ¡Vaya! no te hagas el desdeñoso, Perico... — repuso Jesús sonriendo. — Sábetelo que también en la tierra se puede comer cosas ricas, que si tu no las catastes en tu tiempo, fué porque eras un pobre pescador, alejado siempre de las mesas opíparas. No olvides, además, que cuanto comen los hombres se lo envía mi Padre celestial y que no hay, por lo tanto, que despreciarlo.

Mordióse los labios el buen Apóstol y algo mohino siguió tras el Maestro que llamaba ya á la puerta del caserón. Abrióse ésta, al cabo de un buen rato, y apareció en el dintel un mocetón con rica vestimenta de lacayo, que midió de pies á cabeza, con orgullosa mirada, á los tres viajeros, cuyo aspecto era mejor humilde que opulento y les preguntó luego con mucha insolencia para que llamaban.

— Para calentarnos á la lumbre del hogar y comer un bocado, pues venimos ateridos de frío y la tripa vacía — contestó Jesús. — Anda y dile á tu amo lo que deseamos de su caridad.

— Mi amo no recibe á estas horas á desconocidos — replicó muy arrogante el lacayo. — Con que seguid vuestro camino... y abur.

— Oye, no seas mastuerzo — saltó el divino portero, ya sulfurado — y obedece á quien tiene derecho á mandarte.

Aunque de mala gana, accedió el mocetón á transmitir la súplica, pero volvió á los dos minutos y con rostro que expresaba maligna satisfacción, dijo:

— No había necesidad de que me molestara. Mi amo dice que aquí no es mesón ni casa de refugio y que vayan ustedes enhorabuena.

Sonrió el Redentor tristemente, hizo un gesto con su diestra y desapareció en la obscuridad de la calle, al tiempo que el lacayo cerraba con estrépito la puerta.

En aquel momento, el dueño de la suntuosa morada se ponía en pie y con una copa de exquisito vino en la mano brindaba á la salud de sus numerosos y alegres convidados: acogieron éstos con un formidable ¡hurra! el brindis del anfitrión, llevaron las copas á sus labios... y al punto arrojaron al suelo copas y líquido, haciendo una mueca espantosa. Jamás brebaje de tan infernal sabor había entrado en humanas bocas y la distinguida concurrencia, creyendo que se trataba de una broma de pésimo gusto, abandonó la casa y dejó plantado al anfitrión, llenando á éste de apóstrofes y de reconvenções, á que no sabía aquel, en su indecible estupor contestar ni una palabra en su disculpa.

Pocos momentos después, llegaban Jesús y sus dos compañeros en frente de otra casa de buen aspecto y de cuyo interior salían también ecos de fiesta y de jolgorio. Era aquella la morada del Alcalde de la ciudad, que celebrando la Noche Buena, había reunido en torno de su mesa á varios deudos y amigos.

— Veamos si aquí tendremos mejor acogida — dijo Jesús. — Y llamó á la puerta.

La cual no se abrió siquiera; pero se oyó descorrer un pequeño ventanillo y una voz áspera que decía:

— ¿Quién es que se atreve á llamar á estas horas en casa del Sr. Alcalde?

— Unos viajeros recién llegados, que piden por amor de Dios, un poco de fuego y un poco de alimento — contestó humildemente el Salvador.

No había pasado un minuto, cuando otra voz, más desabrida que la primera, exclamó:

— Aquí no se abre la puerta á vagos y correntones: id enhoramala y agradeced que no os haga llevar á la cárcel.

Cerróse el ventanillo; echó Jesús un suspiro y alzando su mano poderosa tocó con ella la puerta de la inhospitalaria morada.

— ¡Habrás visto desvergüenza semejante!... — chillaba en aquel momento el Alcalde, penetrando en su comedor en donde había hasta veinte ó treinta personas disponiéndose á hacer honor á una succulenta cena. — Ea, señores, á comer... y sobre todo, á beber.

Pero apenas alargaban los convidados los dedos hacia los platos y los vasos, cuando ocurrió un hecho extraordinario. Los capones y pavos de dorada piel, los soberbios pescados, los ricos jamones, los pasteles y frutas que cubrían la mesa, se convirtieron en asquerosos sapos, en enormes y repugnantes sabandijas, en carcomidos pedazos de madera, en motas de tierra llenas de gusanos; y los exquisitos mostos que un segundo antes llenaban los frascos y las copas, trocáronse en hediondo brebaje mal oliente.

Estupefactos, aterrorizados, quedáronse los comensales: y pasado el primer minuto de asombro gritaron á una:

— ¡Brujería!... ¡brujería!

— Sí... sin duda... brujería debe ser... — balbuceó el primer magistrado, pálido como un difunto — y de fijo que los brujos serán esos vagabundos que acabo de echar á cajas destempladas: pero me la pagarán. Voy á correr tras ellos con mis alguaciles y en la cárcel purgarán su delito.

Llamó á sus guindillas que comían en la cocina y al mismo tiempo asió, entre trémulo y furioso, su bastón de mando de puño dorado y borla de seda; pero de pronto, el bastón se convirtió en negra serpiente, que retorciéndose entre los dedos del Alcalde, le picó en la nariz y se puso luego á culebrear sobre los manteles. Y no fué necesario otro prodigio más, para que los convidados, locos de terror, se disparasen por las escaleras, buscando la salida, mientras que el dueño caía desmayado sobre una silla.

Á todo esto, Juan y los dos apóstoles seguían su camino; después de cruzar la ciudad en toda su extensión, paráronse ante una de las últimas casas; una casita de miserable aspecto, por cuya puerta agrietada filtraba un tenue rayo de luz, y tras la cual vibraba el rasguear de una guitarra, acompañando unos villancicos, que entonaban dos voces frescas, infantiles.

— Huéleme que aquí seremos más afortunados — murmuró Jesús asestando con los nudillos un golpe á la puerta.

Que se abrió en seguida, apareciendo un hombre pobremente vestido.

— La paz de Dios sea en esta casa — dijo el Redentor — ¿Queréis, buen amigo, conceder una hora de descanso en vuestro hogar y un mendrugo de pan á unos viandantes rendidos por el cansancio, el hambre y el frío?

— Adelante, caballeros — repuso afablemente el hombre—síntense sus mercedes junto á la chimenea y cuando se hayan recalentado cenarán con nosotros. Y perdonen, si en una noche como esta, no puedo ofrecerles más que pan de centeno, queso de ovejas, castañas asadas y vino peleón; pero somos tan pobres, que aun para nosotros es regalo lo que á vuestras mercedes les parecerá miseria.

Entraron los ilustres caminantes en la humilde vivienda: todo en ella revelaban penuria y privación y no había allí más que una nota alegre, mejor dicho, dos: los semblantes sonrosados y risueños de dos niños, que pegados á las faldas de su madre, contemplaban curiosamente á los recién venidos.

Sentáronse éstos al amor de la lumbre, que amortiguada y parca, arrojó de pronto brillante llama, caldeando la habitación cual si ardiera en la chimenea un recio tronco, en vez de un montón de broza. Jesús besó á los dos niños en la frente y les hizo sentar sobre sus rodillas, escuchando gozoso su charla inocente. Luego se volvió hacia la mujer del huésped y le dijo:

— Comadre, cuando gustéis haremos honor á vuestra colación.

— Triste colación, señores míos, pero tomadla con la buena voluntad con que nosotros os la damos—repuso ella.

— ¡Cómo!... á eso llamais triste colación—exclamó el Hijo de María extendiendo sus manos sobre la mesa en que acababa de servir la mujer los frugales manjares, antes anunciados por su marido. — Pues yo creo que con ella se contentaría un potentado.

Y en efecto: sobre la tosca mesa de pino humeaba un plato de perdices, un dorado faisán, otro plato de salmónes y varias fuentes conteniendo frutas de todas clases, dulces y turrónes. Cuanto al vino peleón, había cedido el puesto al más selecto amontillado que pudieron producir jamás las soleras de Jerez y al más exquisito nectar, que con el nombre de Lágrima Christi, dieron los viñedos de Sicilia.

Tan absortos quedaron ante tal prodigio, marido y mujer, que no acertaban á decir palabra ni se atrevían á acercarse á la mesa; pero cediendo luego á las instancias de los misteriosos viajeros y al ejemplo de los niños que preocupándose poco de las causas, se atenían

únicamente á los efectos, y devoraban ya de lo lindo, concluyeron por sentarse y comer de aquellos manjares tan sabrosos, que nunca tuvieran al alcance de sus dientes. Como así lo confesaban ingenuamente, añadiendo que en su pobreza siempre tuvieron por imposible el probar lo que el destino reserva solo á los ricos.

— ¡Vaya! que no sereis tan pobres como dais en decir... — exclamó Jesús.

— ¡Ah! señor...—repuso la mujer—crea vuesa merced que gente más pobre no la hay en toda la comarca y que si no nos quedaran los restos de este milagroso festín, mañana, día de Navidad, no tendríamos que llevar á la boca más que un zoquete de pan y unas migajas de queso.

— Pues yo habría jurado que en aquella arca vieja que distingo en el rincón, guardabais algun dinerillo.

— ¡Dinero!... pero si no hay una mala moneda en casa. En ese cofre no hay más que trapos viejos.

Y al decir esto y para que no creyeran sus huéspedes que mentía, levantó la mujer la tapa del arca; pero al punto retrocedió dos pasos y quedó inmóvil, petrificada por indecible sorpresa. Aquel desvencijado mueble estaba repleto de monedas de oro y plata, que á la movediza llama del hogar lanzaban vívidos destellos.

Alælados por la realidad de tal milagro, contemplaron los dos esposos al ser extraordinario que tenían en su presencia; y vieron en su hermoso semblante una expresión de tan supremo poderío y de tan augusta bondad, que cayeron de hinojos con los ojos bañados en lágrimas. Y en tanto los dos apóstoles reían silenciosamente, gozándose en el religioso estupor de aquella pobre gente, exclamó Jesús: Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad...» Posó sus divinas manos sobre las cabezas de los niños que se habían quedado apaciblemente dormidos, envió una sonrisa de despedida á los padres y desapareció con sus dos discípulos en la negrura de la noche.

Buen rato permanecieron los habitantes de la pobre casa, sumidos en inmensa estupefacción. Hasta que, por fin, preguntó la mujer, después de acariciar tímidamente aquel tesoro que, lejos de evaporarse, continuaba brillando á la luz del hogar.

— ¿Qué dices á eso, marido?

— ¿Qué digo?... — opinó el hombre rasgando la cabeza — pues mira, digo que así me lleven los demonios, si no ha estado aquí esta noche, el mismísimo Rey del Cielo, Nuestro Señor Jesucristo, con sus dos menistros.



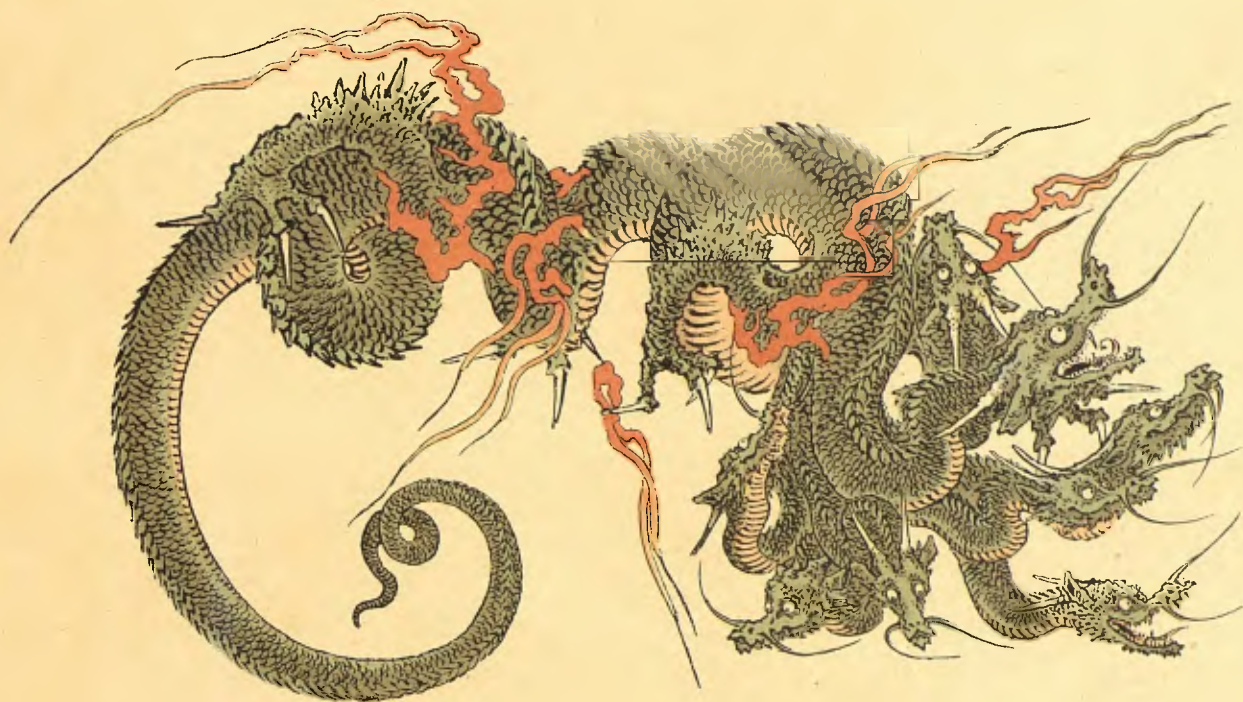
JUAN BUSCÓN



D. U. VIERGE.—NOCHE BUENA EN SALAMANCA



ETCHEVERRY.—LAS NODRIZAS. (E. F., For.)



LA SERPIENTE DE OCHO CABEZAS

Habéis oído contar alguna vez el cuento de la Serpiente de ocho cabezas? ¿No? Pues voy á contároslo. Es una historia algo larga y para referirla, desde el principio, habrá que partir de muy atrás; nada menos que desde el principio del mundo.

Un tiempo después de creado el mundo, llegó á ser propiedad de un hada muy podero-



sa, que cuando estaba á punto de morir, lo repartió entre sus tres hijos, dos varones y una hembra.

À esta última que se llamaba Ama, la dió el sol; al hijo mayor, llamado Susa, el mar; y al segundo, de cuyo nombre no me acuerdo, la luna.

Ama, como dueña del astro del día, lo regía tan bien que jamás hubo alteración en sus evoluciones y por todas

partes difundía la vivísima luz y el benéfico calor que eran el regocijo del universo. Por esto era Ama bienquista de cuantos en él habitaban.

El Hijo-Luna se portaba con toda regularidad, y todavía se puede ver su cara redonda, en una noche clara, cuando la luna está llena. Pero Susa se mostraba colérico y disgustado, por no tener más que el húmedo

y frío mar donde vivir. Comparaba la parte del mundo que se le había designado, con la otorgada á cada uno de sus hermanos, y no se mostraba conforme con eso, creyendo que el hada, su madre, le había sacrificado en sus intereses. El alegre resplandor del sol, la serena claridad de la luna le llenaban de gozo y de envidia, mientras que el mar, proceloso las más de las veces, oscuro y opaco á



poca distancia de la superficie, lleno de rocas, asilo de monstruos y poco variado en plantas, le causaba tedio y tristeza, y anhelaba salir de él, aunque para ello tuviese que desposeer á sus hermanos de su parte de herencia. La ambición y el egoísmo son tan antiguos como el mundo. En tal disposición de ánimo, se lanzó violentamente al cielo, precipitándose en una hermosa estancia del interior del sol, en donde su hermana estaba

con sus doncellas, tejiendo telas de oro y plata, y destrozó sus husos, pisoteó sus labores, y en breve tiempo hizo todo el daño que pudo, asustando mortalmente á las pobres muchachas. Ama, que no podía esperar la brusca arremetida de su hermano, y que no contaba con fuerzas que oponerle, no tuvo más remedio que huir con toda la rapidez que pudo, abandonando á Susa sus dominios, y descendiendo á la tierra, que reco-

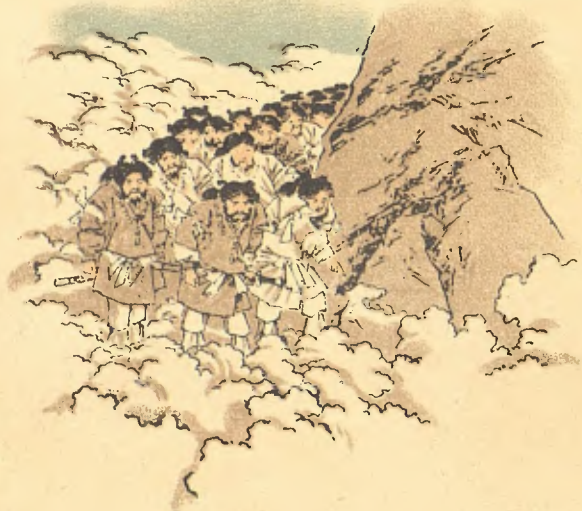
rrió algún tiempo en todas direcciones, buscando un sitio en donde guarecerse de la incomprensible saña de que era víctima. Por fin, en la ladera de una escarpada montaña, llena de rocas y despeñaderos, halló una cueva que le pareció á propósito para su objeto, y en ella se refugió. Cuando hubo penetrado en la cueva y cerrado la puerta, el mundo entero quedó sumido en las más profundas tinieblas, porque ella era el hada que gobierna el sol y podía, á su albedrío, hacerlo lucir ó no. Y lo cierto es, que no falta quien diga que la luz del sol no es, en realidad, otra cosa sino el fúlgido resplandor de sus brillantes ojos. Sea lo que fuere, lo cierto fué que causó gran trastorno su desaparición. ¿Qué podría hacerse para que el mundo volviera á tener luz? Se discutió toda clase





de planes, y por último, sabiendo que Ama era curiosa y le gustaba siempre ver todas las cosas que hasta ella llegaban, las demás hadas adoptaron el plan que más pudiera llamar la atención de una mujer. Reuniéronse en buen número delante de la puerta de la cueva y comenzaron á llamarla, prodigándole los más lisonjeros epítetos, excitándola á que se reuniese con ellas para solazarse alegremente, ofreciéndole la primacía entre todas y, por fin, se pusieron á cantar y á bailar con grande algazara. Aparte de eso, le preparaban una añagaza, para el caso en que se dejase ver, sin permitirles entrar en la cueva.

Cuando Ama oyó el ruido de la danza, de los cantos y de las risas, no pudo resistir á la tentación de entreabrir un poquito la puerta, para ver, por el resquicio, la fiesta á que se entregaban las demás hadas. Esto era precisamente lo que ellas esperaban.



— ¡Mira, — le gritaron — mira esta nueva hada que es más hermosa que tú! — y al mismo tiempo le entregaban un espejo.

Ama no sabia que la cara que le ofrecía el espejo era, solamente, la reflexión de su propia cara, y sintiendo cada vez más curiosidad por conocer á la nueva hada, se aventuró á abrir la puerta; entonces se apoderaron de ella las otras hadas; y seguidamente amontonaron á la entrada de la cueva, tantos y tan enormes pedruscos que, en adelante, nadie pudo penetrar en ella. Comprendiendo que habia sido sacada mañosamente de la cueva por las demás hadas, y que allí no podía permanecer cómodamente por más tiempo, Ama accedió á volverse al sol y á alumbrar al mundo, como antes, con la condición de que su hermano habia de ser castigado y despedido ignominiosamente, porque en realidad ella no viviría segura con él. Así se hizo. Á pesar



de la resistencia que opuso Susa, el cual se encontraba muy á gusto en el sol, tuvo que ceder al número y al poderío de sus agresoras, que le apalearon hasta ponerlo á las puertas de la muerte, y en seguida fué expulsado de la compañía de las demás hadas, con orden de no presentarse jamás ante ellas.

Por esto el pobre Susa, arrojado del país de las hadas, y no queriendo volver al mar, tuvo á su vez que descender á la Tierra. Vagó por ella largo tiempo, solo y desamparado, lamentando su ambición por la que tan duro castigo se le habia impuesto, alimentándose de raíces y albergándose en grutas y cavernas.

Yendo un día por la orilla de un río, acertó á ver

á un hombre y una mujer, ya ancianos; esta segunda con su hija en brazos y gritando amargamente.

— ¿Qué os sucede? — les preguntó Susa.

— ¡Oh! — contestaron con voz entrecortada por los sollozos, — teníamos ocho hijas, pero en un pantano que hay cerca de nuestra choza vive una gran Serpiente de ocho cabezas, la cual sale todos los años y se come una de ellas. Ya no nos queda más que esta hija y como hoy es el día en que la Serpiente vendrá á devorarla, nos quedaremos sin ninguna. ¡Buen señor! ¿No podrás hacer algo para protegernos?

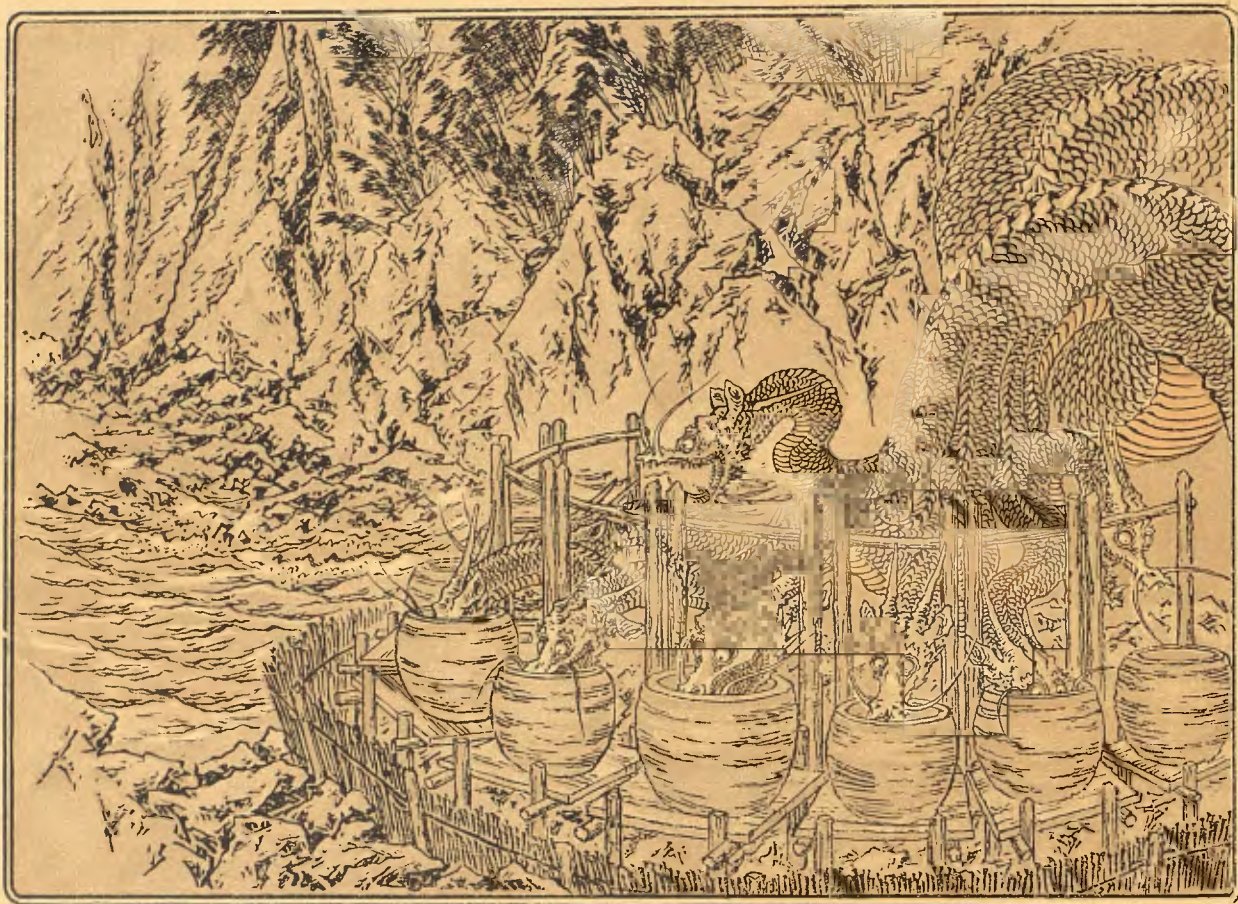
Susa, que deseaba favorecer á los afligidos ancianos y darles al propio tiempo una muestra de su ingenio y de su poder, se quedó un rato reflexionando hasta que por fin dijo:

— No será cosa difícil lo que pretendéis;

os aseguro que la Serpiente no volverá á haceros daño, pues soy un espíritu poderoso y salvaré á vuestra hija.

En seguida les dijo que preparasen cierta cantidad de cerveza, y les enseñó cómo habían de hacer una empalizada con ocho puertas, y delante de cada puerta un altílo de madera, encargándoles que pusieran en cada uno de estos una tina de cerveza. Hiciéronlo así y precisamente cuando acababan de arreglarlo todo tal como Susa les había ordenado, empezó á percibirse un lejano rumor, semejante al que produce el vendaval precursor de una tempestad. Este rumor fué creciendo en intensidad, acompañado de agudos y discordantes silbidos, que infundían pavor en el ánimo más sereno. Al mismo tiempo, de las alturas vecinas se levantaban nubes de polvo, se desprendían peñas, se desarraigaban plantas y árboles, no pare-





ciendo, sino, que un terremoto conmovía toda la comarca.

Los ancianos estaban aterrados, y aunque hubieran deseado huir, el pavor les tenía como petrificados y sin ánimo, ni fuerzas para moverse. Demasiado sabían lo que todo aquel estrépito significaba, por haberlo oído, por su desdicha, en más de una ocasión, y por esto su espanto era mayor, y mayor también su ansiedad por ver en qué vendría á parar aquello y el resultado que darían los preparativos de Susa, del cual no se atrevían á separarse.

La causante de tan extraños fenómenos era la serpiente, que, por fin, apareció. Era tan colosal, que su cuerpo se arrastraba por ocho colinas y ocho valles ocupándolos con sus anillos. Eran estos de un color verdoso, salpicados de grandes manchas negras, y tan enormes que semejaban descomunales

oleadas de un mar tempestuoso. Las cabezas, de fauces tan grandes y abiertas que por ellas podía pasar fácilmente un buey, se agitaban á un lado y otro, como buscando la presa que aquel día esperaban. Las lenguas, en continuo movimiento, sobresalían considerablemente de la boca, y por fin los ojos, desmesuradamente abiertos, despedían un brillo semejante al de las llamaradas de un vasto incendio.

Y así como tenía ocho cabezas, también tenía ocho narices, y por consiguiente un olfato ocho veces más fino y sutil que el de cualquier otro animal; de suerte que olfateando la cerveza desde larga distancia, se fué arrastrando hacia ella, llegó á la empalizada, metió cada una de sus cabezas en cada una de las tinas y tanto bebió, que acabó por emborracharse. Cuando todas las cabezas se doblaron y se quedaron dormidas, Susa,

saltando fuera del agujero, donde había permanecido oculto, desnudó su espada y se las cortó todas. Al ir cayendo una cabeza tras otra, brotó de ellas tan copiosa cantidad de sangre que con ella se formaron ocho ríos de caudal espeso, amoratado y mal oliente cuyas oleadas inundaron por largo rato la comarca, hasta que la sangre hubo cesado de manar. Susa contemplaba aquella escena maravillado, á la vez que dándose el parabien por la original idea que tuviera para exterminar la Serpiente, pues de lo contrario, y á no haberse valido de la astucia, difícil le habria sido dar fin de ella, á pesar de su poderio.

Cuando fué mermando el caudal de los ríos de sangre, acercóse al animal, y á fuerza de repetidos y poderosos tajos con su cortante espada, le hizo pedazos el cuerpo; pero, cosa extraña, al llegar á la cola, la

espada se rompió, quizás porque tropezara con alguna cosa muy dura. Como la Serpiente estaba ya muerta, no había peligro en subir encima y averiguar qué cuerpo duro podia ser aquél. Con gran sorpresa, vió que era también una espada cuajada de piedras preciosas; la espada más rica y admirable que pueda verse, y de la cual se apoderó Susa, para conservarla como recuerdo de su victoria sobre el monstruoso animal.

El vencedor no podía explicarse la procedencia de aquella arma y únicamente supuso que procedería de alguna hada y que, extrañada por ésta, la encontró la Serpiente y se la tragó.

Los padres de la joven, salvada de morir tan desastrosamente como sus siete hermanas, llenos de indecible regocijo, no sabían qué hacer por demostrar su agradecimiento



al libertador de su hija; en su pobreza procuraron agasajarle de mil modos, y se ofrecieron ellos y cuanto valian á su entera disposición, llevándole á su choza y brindándole con los rústicos manjares que constituian su alimento.

Sucedió, pues, lo que habia naturalmente de suceder, esto es, que pasado algún tiempo Susa se casó con la linda muchacha á quien habia salvado, y fué con ella muy afectuoso, aun cuando tan rudo se habia mostrado con su

hermana mayor. Pasó el resto de su vida en un magnífico palacio, que habia construido á propósito para ambos, y también vivieron con ellos los ancianos padres de su esposa.

Cuando éstos murieron, y Susa y su mujer los siguieron al sepulcro, la espada fué á parar á manos de sus hijos y sus nietos, que conocedores de su origen por la tradición, la guardaban con el mayor cariño, en un precioso estuche, como prueba fehaciente de la proeza de su antecesor, hasta heredarla el emperador del Japón, quien la conserva como una de sus joyas más estimadas y preciosas.





HENRI MARTIN.—SERENIDAD. (E. F., Fot.)

LA PRIMERA CONDECORACION QUE HUBO EN ESPAÑA

EL establecimiento en España de las condecoraciones que tienen por objeto premiar el valor y el mérito parece dimanar de una época reciente, porque apenas se ha conservado recuerdo de las antiguas. Sin embargo, si se examina la historia, veremos que su introducción entre nosotros data del mismo tiempo que las que se consideran como primitivas en otros países.

La primera que se conoce es la que instituyó el rey D. García Sánchez II de Navarra, en 1048, estando en la ciudad de Nájera, y se denominó de la *Jarra y la Azucena*, en honor á la Virgen de la Azucena que se veneraba en aquella ciudad. El monarca dispuso que los caballeros que perteneciesen á esta orden llevasen en los días de ceremonia manto blanco con una jarra y un ramo de azucenas bordados en el lado izquierdo.

El día de su instalación, que fué el 25 de Marzo, asistió el rey á la misa mayor en el convento de Santa María la Real acompañado de toda la nobleza, y después de concluida la misa, tomó uno de los muchos collares de oro que había mandado hacer, y de los que pendía una medalla en que estaba esculpida una jarra igual á la del manto, se lo puso al cuello y distribuyó los restantes entre sus hijos y los principales caballeros del reino.

Algun tiempo después cayó en desuso esta condecoración y permaneció olvidada hasta que en 1403 la renovó el infante Don Fernando de Castilla que después fué rey de Aragón. Se observaron para su renovación las mismas ceremonias que había dispuesto Don García, y recibieron el collar

los infantes de Castilla, los maestros de las órdenes y otros distinguidos personajes.

Estableció también este reformador, que diariamente llevaran los caballeros condecorados una banda blanca y que encima del jarro de azucenas ostentasen un grifo también blanco. Á fin de asegurar la duración de esta orden formó las oportunas ordenanzas que contenían ocho artículos, en los que se señalaban las obligaciones de los que pertenecían á la orden y fiestas y ayunos que habían de guardar. En los dos últimos se determinaba que el que se encontrara en batalla con un cuerpo de más de 200 moros y llevando igual ó menor fuerza saliera vencedor, podía dorar una de las alas del grifo; y si repitiese igual hazaña doraría las dos alas, pero haciéndolo saber al mismo tiempo al rey por conducto de un fauente para que se hiciera público en la corte su valor.

Los soberanos extranjeros no se desdijeron de engalanarse con esta insignia, pues vemos que el emperador Segismundo la recibió en cambio de la del Dragón, que había enviado al rey Don Fernando que la renovó; también Alonso V de Aragón condecoró con ella á Felipe, duque de Borgoña, que le había enviado el collar del Toisón. Después que esta última orden tuvo entrada en España, se perdió enteramente la de la Jarra y hasta casi se olvidó su institución.



P A R A R E Y E S

el mejor regalo para un niño es el

Panorama Nacional

Resulta un recordatorio de la historia de España
que instruye y deleita á la vez

Dos tomos lujosamente encuadernados, conteniendo 640 páginas
de monumentos y escenas españolas,

40 PESETAS

También es un regalo util el

Atlas Geográfico

SEGUNDA EDICION

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal

Mapa de Cuba, doble tamaño

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Manila

COMPLETO Y ENCUADERNADO, 12 PESETAS

